Ahora tan lejos
Javier Sagarna

Menoscuarto ediciones

Los cuentos de *Ahora tan lejos* exploran aquellos instantes en los que, sometidos a presión, nos resquebrajamos y, con nosotros, se rompen nuestras relaciones, vidas o mentiras. Javier Sagarna dibuja con precisión esos puntos más débiles por los que se fractura lo que parecía sólido, donde las fuerzas de la vida, que nos mueven y nos transforman, ejercen todo su poder.

Desde el realismo minimalista hasta el surrealismo y el cómic, el autor crea un universo personal plagado de niños, monstruos, aventureros, animales, idealistas y familias rotas —y hasta felices—, pero ya para siempre lejos de donde un día soñaron estar.

El autor: Javier Sagarna (Madrid, 1964)

Es licenciado en Farmacia por la Universidad Complutense y dirige la Escuela de Escritores, de Madrid. Presidente de la Asociación Europea de Programas de Escritura Creativa. Ha impartido cursos y talleres en el Instituto Cervantes, la Universidad Nacional de Colombia y el Orivesi College of Arts (Finlandia).

Colabora en el programa "Hoy por hoy", de la Cadena SER. Es autor de *Mudanzas*, novela publicada en el 2006.

Ahora tan lejos es su primer libro de cuentos.

Resistencia

Una vez al mes, los domingos por la mañana, empaquetábamos a los niños y dos bolsas grandes de congelados e íbamos a visitar al padre de Estrella. No es que me molestara, el viejo y yo nos llevábamos bien y me divertía escuchar sus batallas, pero la semana siguiente se me hacía eterna, como si no hubiera tenido descanso. De todas formas, tal y como estaban las cosas, las rutinas habían adquirido cierta importancia, e incluso aquella excursión mensual resultaba protectora.

El curso anterior Estrella había tenido una corta aventura con un compañero del instituto —un triste profesor de Geografía— que yo había descubierto, casi por casualidad, al principio del otoño, a las pocas semanas de haber vuelto de vacaciones. Había terminado, Estrella me lo había jurado un montón de veces, y después de unos días en que dormí con los niños, en la cama plegable de la canguro, volví al dormitorio y nos propusimos empezar de cero. Retomamos algunos viejos hábitos: la salida al cine una vez por semana, el aperitivo todos juntos los sábados y también el madrugón

para la visita mensual a su padre, al que habíamos tenido algo abandonado.

El viejo era todo un personaje. Había luchado en Teruel y en el Ebro y luego había pasado la guerra mundial emboscado en los montes de Francia, con la Resistencia. De aquello guardaba una cicatriz larga en el estómago —juraba que aún le quedaban trozos de metralla entre las tripas— y una cojera que se había hecho más evidente en los últimos tiempos. Pero fue de los que liberaron París, tenía una foto subido en un tanque, saludando puño en alto delante de la torre Eiffel. Le gustaba hablar de aquello, pero no llegaba a chochear del todo. También era lógico, vivía en un chalé algo desvencijado a las afueras de Segovia, entre jarales, sin otra compañía que uno de esos setters medio locos que se pasan el día brincando y hacen agujeros en el jardín. A los niños les gustaba ese perro, aunque Estrella y yo pensábamos que al viejo le hubiera venido mejor uno más tranquilo.

Escuchamos sus ladridos en cuanto detuve el coche junto al portón metálico. Gemía y asomaba el hocico por debajo de la puerta, sus largas uñas sucias de arena. Los niños bajaron a la carrera.

—Tened cuidado, no os vaya a morder —gritó Estrella.

Yo me bajé también y toqué el claxon. Aspiré una larga bocanada de aire helado, limpio. Hacía frío, suficiente para que el aliento se condensara, pero bien abrigado al sol no se estaba mal. Las jaras habían florecido y por todas partes flotaba el olor de su resina.

Oímos cómo el perro corría hacia la casa y luego, acercándose, sus ladridos y la voz del viejo.

—¿Quién es, Hermes?, ¿quién viene?

Los goznes del portón chirriaron y el setter salió como una bala y se puso a brincar alrededor de los niños. El viejo le dio un beso a Estrella y luego me tendió la mano.

—¿Qué tal, Benjamín? —le dije.

—Tengo medio kilo de metralla en las tripas, hijo —respondió él con sus aires de viejo combatiente, y añadió que lo tenía todo preparado para una paella.

Mientras los niños jugaban fuera con el perro llenamos el congelador. Se lo habíamos regalado cuando murió la madre de Estrella y comprendimos que, de ninguna manera, el viejo iba a dejar aquella casa. Era una casa sombría, incluso oscura en el interior, pero aparte de algún desorden en la cocina y los montones de ropa que acumulaba a los pies de la cama la mantenía en un estado digno.

De todas formas, cada vez que veníamos Estrella sentía la necesidad de darle a la escoba, de doblar toda aquella ropa, y el viejo la dejaba hacer, así que, cuando subió al dormitorio, abrimos unas cervezas y nos sentamos en el jardín. Los niños no estaban a la vista, los oíamos enredar detrás del garaje donde el viejo había ido apilando trastos hasta más arriba de la valla. Aunque se lo habíamos prohibido cien veces, a los niños les gustaba encaramarse.

Así estuvimos un rato: el viejo y yo en silencio, sentados al sol cada uno con su cerveza, incluso llegó el

perro para tumbarse a sus pies. Bucólico y dominical, con las carreras de los niños de fondo, la hoguera ya preparada pero aún sin prender. El olor de las jaras era tan denso que llegaba a molestar.

—¿Todo bien, entonces? —El silencio se me hacía insufrible, pero el viejo apenas gruñía y se estiró aún más en su silla. Hacía a menudo eso de callarse, y ya sabía que de nada iba a servir que me pusiera a hablarle de cualquier cosa, así que encendí un pitillo y me entretuve mirando las arañas que acechaban desde las telas que habían tendido entre la leña que el viejo acumulaba en una esquina del porche. Era eso, arañas y trastos amontonados, lo que le daba peor aspecto a la casa. También, claro, el jardín lleno de agujeros, el césped como un colador.

—Hay que ver cómo le tiene esto el perro —se me ocurrió decir.

El viejo me miró como lo hacía a veces, desde ahí arriba, encantado en su papel de viejo bolchevique, pero no abrió la boca. Era único para aguantar el silencio. Pensé en darme una vuelta a ver qué hacían los niños, los oía trastear a lo lejos, sus voces agudas, sus carreras en el porche de atrás. Pero no me moví. Se estaba bien allí, a pesar de todo. Me acabé la cerveza y, aunque me apetecía, ni siquiera me levanté a por otra. Hubiera podido dejarme adormilar por el pegajoso olor de las jaras si el viejo no hubiera empezado a resoplar y a revolverse en la silla.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de pronto.

—Domingo.

—Ya sé que es domingo. —No tenía ni pizca de paciencia el viejo—. Digo del mes.

—Diecisiete.

—Diecisiete —repitió. Y cuando ya pensaba que vendría con una de sus historias, se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Parecía mascullar algo, masticarlo despacio sin abrir la boca, en un momento se llevó la mano a la tripa y la dejó allí, como aferrada. En la parte superior de la casa, Estrella abrió una ventana y, aunque no me volví a mirarla, escuché cómo sacudía una alfombra. Era tan aburrido que hasta el perro se incorporó y, con paso cansino, cruzó el césped hacia donde jugaban los niños.

—¿Tú en qué crees? —soltó de pronto, tan de improviso que antes de que comprendiera su pregunta él ya continuaba—. No digo creer sin más, digo creer, de veras, de corazón.

—Hombre, Benjamín... —realmente no tenía una respuesta.

—¿No hay nada por lo que matarías?, ¿nada tan importante que mereciera un sacrificio?, ¿nada por lo que morir, por lo que perderlo todo?

Pensé en los niños, en la casa, mi trabajo, los partidos de tenis de los miércoles por la tarde, las vacaciones en Santa Cruz, pero todo se desvanecía antes de llegar a mi boca. Sabía que no era eso lo que el viejo esperaba oír.

—Ahora a los idealistas se los lleva la Guardia Civil, Benjamín —dije por decir algo, para quitar hierro—. En una guerra es más fácil.

Me miró casi furioso, realmente enfadado, luego se llevó la mano a las tripas, apuró su cerveza de un trago, y volvió a refugiarse en un mutismo escarpado. Ni soñar con más charla hasta que se le pasase. Traté de concentrarme en el sol de invierno, aunque de reojo no lo perdía de vista. Mascullaba, era como si estuviera buscando la forma de decir algo. «Más fácil», me pareció que rumiaba. Y de pronto se arrancó:

—Fusilaron exactamente a cincuenta, incluidas todas las putas del burdel.

Aunque no llegaba a chochear, el viejo tenía sus querencias y aquel cuento de las putas y los tres puentes ya lo conocía. Me preguntaba a qué venía ahora. Le dejé contarme la emboscada a los seis oficiales nazis en el 44, en algún lugar de Francia, a la salida de un burdel, y cómo, mientras los buscaban en aquella zona, ellos volaron tres puentes a más de cien kilómetros de allí.

—Dijeron que teníamos que habernos entregado —continuó—, como si a los cincuenta los hubiéramos matado nosotros. Aquellas pobres chicas. Todo el pueblo sabía dónde encontrarnos, pero nadie nos delató. Luego dijeron que teníamos que habernos entregado.

—Hicieron bien, el propio general De Gaulle...

—Y eso de qué sirve. Ya sé que hicimos bien, pero ¿tú crees que vale de algo?

A nuestra espalda escuché la voz de mi mujer.

—¡Papá! Sabes que no te conviene alterarte.

No quise mirarla, pero pude sentir sus ojos en la nuca. Arrimó una silla y se sentó a mi lado.

—¿Dónde están los niños?

—Detrás del garaje.

—No me gusta que enreden ahí.

Yo me encogí de hombros, pero ella se volvió hacia su padre.

—¿Sabes que esta noche ponen *Arde París* en la 2? —tal y como Benjamín la miró se vio obligada a explicarse—. Una película, cuenta todo lo de la liberación de París, los días antes, cuando casi la queman entera, todo eso, creo que te gustará.

El viejo la miró casi con pena. Fue un instante, es posible que Estrella ni lo notase. Enseguida dijo algo agradable y luego añadió:

—Voy a ir en junio, a París, hace tiempo que lo estoy pensando.

A Estrella casi se le atragantó el trago que acababa de dar a mi cerveza.

—Tú ya no estás para un viaje así —dijo con tacto.

—Hace sesenta años que debería estar muerto, nena, una hora de avión no me matará.

Estrella me cogió la cajetilla y encendió un pitillo. Iba a decir algo cuando escuchamos los ladridos y, de inmediato, el estruendo y aquel gemido cortado a pico. Encontramos a los niños a medio camino, desencajados. Al doblar la esquina había un televisor reventado y detrás todos los trastos desparramados sobre las baldosas, un revoltijo de somieres y libros, de mesitas rotas y armarios de formica o madera, de cacerolas sobre las que se depositaba lentamente el polvo. Las patas del perro sobresalían bajo la vieja nevera volcada.

—Llévate a los niños —le dije a Estrella.

Pero ella trataba de llevarse a su padre. Se había quedado en la esquina, rígido, aferrándose las tripas, la vista fija en las patas del perro. Estrella trataba de llevárselo.

—Vamos, papá, no se puede hacer nada.

También los niños lloraban. Un reguero de sangre empezaba a fluir, aprovechando la cuesta.

—¡Quieres llevártelos de una vez!

No veía el momento de levantar aquel trasto y sacar al bicho de allí.

Enterramos al perro en el jardín, aprovechando uno de los agujeros que él mismo había hecho y que yo agrandé hasta conseguir que cupiera dentro a suficiente profundidad. Cuando todos se calmaron me los llevé al pueblo a comer y, después de misa —Estrella y los niños querían rezar por el perro—, dejamos al viejo en su casa y volvimos a Madrid.

—Te he sacado unas croquetas del congelador —le dijo Estrella antes de dejarlo acurrucado en el sofá, tapado con una manta—. No tienes más que freírlas —el viejo asintió. Estaba manso, apenas había hablado desde lo del perro. En otras circunstancias, le hubiera sugerido a Estrella que nos lo llevásemos unos días.

Por la noche, después de acostar a los niños, Estrella vino al salón y se sentó a mi lado.

—Quería darte las gracias. —Encendió un cigarrillo y se arrellanó—. Has estado bien, con mi padre, el

perro, todo. Cada vez que pienso que podía haber sido uno de los niños.

—Esta noche voy a dormir con ellos.

Llevaba un rato esperando decirlas, pero me sonaron terribles aquellas palabras.

Estrella me miró de arriba abajo, como si me viese por primera vez.

—¿Vas a irte? —preguntó al fin.

—No —dije—, no creo. No lo sé, eso es todo.

Pensé que debía añadir algo más, pero no dije nada. Me hubiera gustado tener el valor de abrazarla.

Ella se levantó.

—Te prepararé la cama —dijo.

—No, déjalo. Lo haré yo.

Fui al cuarto de los niños, desplegué la cama de la canguro y tardé todo lo que pude en hacerla. En el salón, Estrella había encendido la tele y un general nazi hablaba de quemar París, una pesadilla de bulevares en llamas a lo largo del Sena y museos abrasados, nubes de humo negro, una lluvia de ceniza cayendo mansa sobre un montón de hierros quebrados, fundidos. Una lluvia de ceniza sobre los restos calcinados de la torre Eiffel.